

FILMS SELECTOS

filmoteca
de Catalunya



**NÚMERO DEDICADO
ESPECIALMENTE A
RODOLFO VALENTINO**

30
Cts.

AÑO III N.º 77
2 de abril de 1932

El inolvidable Rudy con Vilma Banky en una escena de las que tanta fama le dieron

Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Escena de la película Paramount
«Paris te amo» de la que son
protagonistas Hen-
ry Garat, Meg Lemonnier,
Carmen Navascués y Ricardo Núñez.

DIVAGACIONES CINESCAS

MORIR PARA TRIUNFAR

NADA hay, probablemente, que deje tan idealizado recuerdo de sí como la vida prematuramente truncada. Y si esa vida estaba, al truncarse, en la plenitud de su floración, el recuerdo que entonces deja es doblemente sentido y perenne. Por eso, sin duda, el almendro arrancado de cuajo por el huracán no nos duele tanto como el friamente abrazado en flor por las heladas de enero.

Así murió también el desdichado Rodolfo Valentino y así ha perdurado su recuerdo entre nosotros.

Murió joven. Murió como los elegidos de los dioses y se llevó consigo todo el fervor pagano de los idólatras del cine. Si en vida fué el «Caíd» un ídolo por múltiples conceptos, ídolo ha continuado siendo después de muerto, y aun puede decirse que su recuerdo ha llegado, como ejemplo único en el cine, al paroxismo de la idolatría popular.

¡Dichoso él, que supo morir a tiempo! Si fuese posible morir, como él, en el momento más feliz de la vida y gozar por ello de los honores del triunfo, ¡cuántos y cuántos ambiciosos de la gloria querrían morir para triunfar! Pero entonces la gloria sería fácil de conquistar y, precisamente, la gloria tiene la coquetería de desaparecer cuando la empresa deja de ser difícil. El triunfo por la muerte sólo puede darse una vez, y esa sola vez se la concedió la veleidosa disposición del azar al afortunado intérprete del «Caíd».

¿Qué sería hoy de Valentino si la muerte no se le hubiese llevado cuando más intensamente gozaba del placer de vivir? ¿Sería hoy también la figura que llena de poesía un período romántico del cine? ¿Sería todavía el ídolo viviente de tantos corazones soñadores?

Tal vez sí..., pero más seguramente, no. El cinematógrafo es por esencia móvil y difícilmente admite el estatismo personal. Hoy encumbría y mañana destruía lo encumbrado. Y, más que ninguno, el cinematógrafo yanqui se resiste a la consagración individual definitiva, por el mismo hecho de ser tan amigo del «divismo». Por lo demás, recordemos que Valentino, desde 1926, no vive propiamente «en» el cine, sino tan sólo en la idolatría popular, que prescinde ya del ritmo vital de lo que ocurre en la pantalla.

Valentino en 1926, después de triunfar como hombre y como actor, tenía tras sí todos los peligros del que está encumbrado. Le amenazaban ya el amaneceramiento, el desgaste, el hastío..., todo el cúmulo de quiebras con que barre el cine las figuras que le han servido para vivir un tiempo. Fatalmente, irremediablemente, una de esas quiebras hubiese herido al desdichado Valentino, y la herida hubiese sido mortal de necesidad.

Además, con la conquista que el cine ha hecho de la palabra, ¿qué hubiera sido del galán mudo de «Monsieur Beaucaire»? ¿Hubiera respondido su voz a las exigencias del micrófono? Para conservar su prestigio, ¿habría tenido que recurrir al auxilio de un doble vocal? ¿No sería, en fin, un desecho más de la ingénita evolución del cinematógrafo?

Aventurado es, en verdad, afirmarlo. Pero, contra esa posible presunción, ahí tenemos el ejemplo de un sinfín de damas y galanes que han ido desapareciendo de las primeras filas del «divismo», empujadas por la marcha inexorable de las cosas del cine.

Hoy Valentino sería un olvidado, una figura de las que fueron, tal vez una vulgar antigua. Pero vino paradójicamente a salvarle la muerte. Al acercársele en aquel momento, no le segó con la temible guadaña de acero, sino que le tocó con una desconocida varita mágica, y Valentino, como un héroe de «Las mil y una noches», quedó así convertido en fantástica imagen de un sueño ideal. A partir de este momento mágico, Valentino tiene ya para siempre ojos que hechizan, palabras que seducen, amores que embrigan, dolores que hacen morir... Y todo ello se nos presenta envuelto en una atmósfera enfermiza de resabio latino, que ha ido acrecentando el infantil deslumbramiento del carácter norteamericano.

Valentino murió joven. Murió, como los elegidos de los dioses, en plena floración primaveral. Su vida fué triste y enfermiza. Culminó en el dolor prematuro de la muerte, y ése fué el instante más fecundo de su vida de artista. Su hazaña mejor fué sin duda la de morirse... ¡Dichoso él, que supo hacerlo tan a tiempo!

LORENZO CONDE

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 3'75 pís. - Semestre, 7'50 - Año, 15

AMÉRICA Y PORTUGAL:

Trimestre, 4'75 - Semestre, 9'50 - Año, 19

Nombre _____

Calle _____

núm. _____

Población _____

Provincia _____

Desea suscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Tácheselo lo que no interese.) A par-

tir del 1.º _____ El importe se lo remito por giro postal número _____ Impuesto en _____

o en sellos de correo. (Tácheselo lo que no interese.)

(Firma del subscriptor) _____

de _____

(Fecha) _____ de 1932

Films Selectos sale los sábados

FILMS
SELECTOSSEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. LarrayaREDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación, 219. Tel. 13022
BARCELONADELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valencia, 30 y 32PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓNEspaña y Colonias
Tres meses, 375
Seis meses, 750
Un año, 15América y Portugal
Tres meses, 475
Seis meses, 950
Un año, 19CADA
SÁBADONÚMERO SUELTO
30
CÉNTIMOS

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que los envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) elseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

571. — Dice *Sirena del Atlántico*: Si algún amable lector o lectora de esta simpática revista tuviera la amabilidad de contestarme, le quedaría muy agradecida.

¿Podrían indicarme la biografía de Donald Reed, sus películas y si es casado o soltero? Asimismo desearía la de Raymond Keane, que trabaja en la película *El sol de medianoche*, con Laura La Plante.

572. — *Fotógeno* dice: Desearía de los amables lectores de esta revista me indiquen la biografía de la extraordinaria artista Bebe Daniels, sus mejores películas y todo cuanto sepan de ella. Lo mismo desearía saber de la graciosísima Colleen Moore.

Soy un aferrado aficionado al cine y mi única ilusión es la de aparecer en la pantalla, por lo que agradecería a los lectores y simpáticas lectoras cuánto es indispensable para ser actor de cine. Al mismo tiempo ofrezco mis pequeños conocimientos del cine a todos en general.

573. — *Ninín* se dirige por primera vez a esta revista, deseando que algún amable lector o lectora le indique, por medio de esta sección, la letra que canta Ramón Novarro en *Sevilla de mis amores*, y que empieza así: «Mientras mis... y bailaban mis pies...»

574. — *Charles Morton* dice: ¿Habrá algún amable lector de esta revista que pueda proporcionarme los números de la misma, que detallo a continuación?

Del número 8 al 19, y el 23, 24 y 25, o me indicaré dónde podría adquirirlos. Muy agradecido a quien me conteste.

575. — *Mi nena* dice a *El vizconde de la Rosa*: Amable joven: como veo que posee usted bastantes conocimientos cinematográficos y además es usted muy simpático, yo desearía, si le fuese posible, me proporcionase la biografía de Greta Garbo y todo lo que sepa referente a ella y además la letra del tango *Tengo miedo*, quedándole agradecidísima, me complazca o no.

CONTESTACIONES

♦ Carlos de Damas manda las dos contestaciones siguientes:

595. — Para *Teritos*: Acompañan a Greta Garbo en el reparto de *Tentación*, Nils Asther, Dorothy Sebastian y John Mac Brown.

596. — A *Un estudiante*: En el número del 10 de octubre de *FILMS SELECTOS* pédian ya una biografía de William Haines, que yo mandé. La de John Gilbert es la siguiente: Nació en Logam, Utah (Estados Unidos), el 10 de julio de 1895. Por ser su padre gerente de una compañía de comedias, de la que su madre era actriz, pasó sus primeros años deambulando de pueblo en pueblo, hasta que ingresó en la Academia militar de San Rafael (California). Ingresó en el cine como extra, con 15 dólares

DEPILATORIO BORRELL

Quita el vello sin molestias.

Eficaz y económico.-En Perfumerías.

semanales. Después de varios roles sin importancia, tomó parte en un film de Willian G. Hart, siendo contratado por Thomas Yuce por dos años. Después de preparar un argumento, que llevó a la pantalla M. Tourner, intentó actuar como director, pero fracasó. Habiéndole visto trabajar en *El conde de Montecristo*, Irving Thalberg, y reconociendo en él condiciones, lo contrató para M. G. M.

Principales películas: *El que recibe el bofetón*, *La viuda alegre*, *Vida bohemia*, *El gran desfile*, *Por una rubia*, *Los cosacos*, *El desierto de la sed*, *El demonio y la carne*, *Ana Karenina*, *La mujer ligera*, *El caballero del amor*, *La máscara del diablo*, *Filibusteros modernos*, *La cárcel de la redención*, *Redención*, *Paso al marino*, *Su noche gloriosa*, *Un hombre de suerte*, *Chéri-Bibi*...

Al ocurrir el advenimiento de las «talkies», su voz no era registrada por micrófono y la M. G. M. intentó rescindir su contrato. Ante la oposición del actor, la casa, con un criterio poco plausible, lo postergó, haciéndole objeto

CONCURSO

25,000 ptas. de premios

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	GA

En estas casillas se encuentra combinado por sílabas el nombre de tres grandes ciudades españolas.

Si usted puede encontrar el nombre de las tres ciudades, envíe la solución de este concurso adjuntando un sobre con su nombre y dirección a fin de poder contestarle el resultado.

Conformándose a las condiciones de la carta que le mandaremos, Vd. podrá, eventualmente, obtener un hermoso premio completamente gratis.

Escribid: **PALMA, 99, Boulevard Auguste-Blanqui, PARÍS (13º)** (Francia) Ref. n.º 5

de toda clase de humillaciones, hasta el extremo de que en los anuncios luminosos de *Paso al marino* se colocó con grandes caracteres el nombre de Noah Beery y debajo y con letras más pequeñas, el de Gilbert. Injusto fin de un actor declarado antes de tiempo «demodé».

♦ Una contestación de *Tahoser*.

597. — A *Un estudiante*: La biografía de William Haines, se ha dado repetidas veces. La de John Gilbert es la siguiente: Su verdadero nombre es John Pringle. Nació el 10 de julio de 1895, en Lagan (Utah). Educado en la escuela militar de San Rafael. Fué director cinematográfico antes de revelarse como actor. Divorciado de Olivia Harwell, en 1924, de Leatrice Joy, con la cual tuvo una hijita, en 1923 y últimamente de Ina Claire, con ésta se casó el 9 de mayo de 1929, y ya se murmura que está prometido a Lupe Vélez, la cual a su vez dió por terminado su idilio con Gary Cooper. Tiene un argumento de película escrito por él, titulado *Downstairs (De escaleras abajo)*, y se lo ha vendido a la Metro. Pelo castaño oscuro, ojos café, pesa 72 kilogramos y mide 1,79 metros de altura. Deportes preferidos: el golf y el tennis, su perro favorito se llama «Chow». Actualmente gana 10,000 dólares semanales, aunque la Metro Goldwyn Mayer le ha querido dar la retirada por no servir para las «talkies», indemnizándole con un millón de dólares, pero ha rehusado y continúa trabajando para esta entidad.

Gilbert ha seguido la carrera cinematográfica desde los puestos más humildes. Empezó como extra en 1915, y ha sido el galán más popular del mundo.

Algunos films de este simpático actor: *Su hora*, con Aileen Pringle; *Sota, caballo y rey*, con Gertrude Olmstead; *La aristócrata*, *Noches de desierto*, *La Bohemia*, *El palacio de las maravillas*, *El conde de Montecristo* y *El gran desfile*, con Renée Adorée; *Amor de apache*, *El desdénoso*, *El que recibe el bofetón*, con Lon Chaney y Norma Shearer; *Por una rubia o Mujer, hombre y pecado*, con Jeanne Eagels (fallecida en 1931); *El carnaval de la vida*, *El demonio y la carne*, *Ana Karenina* y *La mujer ligera*, con Greta Garbo; *La viuda alegre*, con Mae Murray; *La mujer del centauro*, *El caballero del amor y Redención*, con Eleanor Boardman; *La máscara del diablo*, con Eva Von Berne; *Filibusteros modernos* y *La cárcel de la redención* o *Cuatro muros*, con Joan Crawford; *El desierto de la sed*, con Mary Nolan; *El cossaco*, con R. Adorée; *El apóstata*, con Bessie Love; *Chéri-bibi*, con Leila Hyams, y en realización, *West of Broadway*, bajo la dirección de Harry Beaumont.

♦ Contestaciones de *Mephisto*.

601. — Para *Francesita*: De la película *La mujer en la Luna*, poquísima cosa puedo decirle, ya que a pesar de haberla proyectado en el punto donde reside no la he podido ver por hallarme de viaje. No obstante, procuraré darle una muy reducida opinión sobre el film.

Esta cinta, debida al genial autor de *Metropolis*, Fritz Lang, expone concesiones muy avanzadas y una precisión y técnica usual en la Ufa, en la que la mayoría de las escenas es un atractivo juego de luces y contrastes.

Quizás el argumento sea un poco atrevido, pero no fuera de lo acostumbrado en las películas alemanas, que cada día avanzan más en la realización de las más inverosímiles y disparatadas farsas. Tiene algo de parecido a

grandes rasgos con «1980», fantasía humorística de la Fox y que es tal vez una réplica de América a Europa, de técnica angloamericana fina, acabada, salpicada con las alegrías chichas de Mack Sennett, a la técnica anglosajona, de luces y sombras, cortes bruscos como el carácter de sus productores, cortados a tijera.

Un bólido, liso, brillante, surca el espacio. Polizones en el camino. Idéntica algarabía de tableros, voltímetros, volantes de mando, etc. En Marte bosques exóticos. En la Luna, montañas de cartón-piedra, que se pierden y se esfuman en la claridad un poco ultravioleta de los «sunlights» y hacen resaltar fuertemente las figuras.

En «1980», vuelve el bólido con los ocupantes en busca de la merecida recompensa: la mujer. En *La mujer de la Luna* no pueden partir todos los pasajeros. Averías insospechadas los impiden. Y ahora es cuando entra la parte sentimental de la película. El duelo entre el amor y el egoísmo. Se echan suertes. El protagonista se ve precisado a permanecer en el orbe lunar, sola, y con la pena inmensa de ver partir a la mujer amada. Silba la bala y se pierde en el espacio. Y cuando baja la vista, decepcionado, con la perspectiva horrible de su solitudo, queda asombrado. Ella se ha quedado voluntariamente en la tierra. ¡El amor ha vencido!

602. — A *Un gentleman*: Método que se sigue para dibujar las películas del gato *Félix*. (Extracto de un artículo que apareció en el número 7 de esta misma revista.)

«En un estudio cualquiera, inclinados sobre sendos tableros, se reúnen quince o más dibujantes. Sobre papel vitela trazan los escenarios que aparecen en las películas animadas, bosques, aldeas, etc. Sobre este marco o patrón se coloca una hoja de celuloide transparente que encaja como todas, en unas agujas dispuestas exactamente en el tablero. En dicha hoja se dibujan los animales, sin brazos ni piernas, que en sucesivas hojas superpuestas se van añadiendo cambiando insensiblemente las actitudes, según el dibujo que se marca debajo. Cada hoja va numerada. El conjunto de ellas se entrega a un supervisor que las pasa al fotógrafo señalándole las exposiciones fotográficas de cada una de ellas. La cámara está dispuesta de modo que toma una prueba a cada vuelta de manubrio. El operador no tiene más que tocar un pedal y gira automáticamente el manubrio, haciendo una exposición. El número de hojas que se entregan a los fotógrafos oscila entre diez y veinte mil.

Bajo el objetivo de la cámara, la cual está en sentido vertical, se coloca un escenario o fondo, y encima las hojas de celuloide, sujetándolas con las dos clavijas o puntas mencionadas, unidas a la mesa de la cámara. Una estampa de celuloide que representa el maravilloso gato con dos patas, se sobreponen al fondo, quedando aquél en la posición para manejar el arco, pero éste falta en el dibujo, así como las flechas y las patas delanteras del animal. Estos miembros, así como los anteriores objetos, se encuentran en una segunda

EL CONSEJO DE UN AMIGO

El conocido lapidario D. León Noble, de Barcelona, está contentísimo de haber tenido la suerte de encontrar a un amigo que le alabó las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que se prepara fácilmente en casa, mediante la cual, sus cabellos han recuperado su color natural.

«En un frasco de 250 grs. se echan 30 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopla), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Oriex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción que ennegrece los cabellos canosos o descoloridos volviéndolos suaves y brillantes, pueden procurarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad deseada. No tiene el cuerdo cabelludo, no es fangoso, grasiáceo ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

tercera hoja que se colocan entre el fondo y la imagen y una vez que ésta esté completa se fotografía. Para demostrar cómo el gato dirige las flechas, se hacen varios dibujos, que se sobreponen, y por medio de leves variaciones indican las fases de progresivo movimiento, necesarias para colocar la flecha en el arco y dispararla.

Al rodar el metraje produce la ilusión óptica del movimiento, pues la vista se engaña ante la vertiginosa rapidez con que las imágenes cambian. El público que presencia una de estas cintas no ve ninguna señal de actividad humana y, sin embargo, todo ello es producto de la armoniosa colaboración de un centenar de actores.

603. — De C. A. para *Talkie*: No tengo inconveniente en sostener correspondencia con usted, para lo cual puede escribirme a C. A. calle Ramón Aufián, 31, San Fernando (Cádiz).

Ellas y

Valentino

por María Luz Morales

Si se compara a la de Rodolfo Valentino, la suerte de nuestro Don Juan con las mujeres no fué sino cosa de poco más o menos. Porque el mozo sevillano de la leyenda ejerció su seducción solamente «dondequiera que fué» y el italiano del lienzo, en cambio, la proyectó, en la distancia y en el tiempo, hasta lo más lejano, hasta lo más recóndito. Y la suma de las conquistas de Tenorio fué de mil y tres, si no mienten las crónicas..., aproximadamente el número de «admiradoras» valentinistas que caben en un solo cine de Broadway. Además, Don Juan gastaba siete días en la seducción, engañaba, mentía, había de recurrir a las artes complementarias de Ciutti y de Brigida..., mientras Rodolfo atraía, enamoraba, por sus propias cualidades, sin esfuerzo ni intriga de su parte.

—Las mujeres enloquecían de tal modo por él — ha contado Helena D'Algy, que trabajó con Valentino en aquel lamentable «Diablo Santificado» — que cuando bailaba en los cabarets o clubs

se iban a él como locas, le cogían de un brazo, o del hombro, y «apenas le tocaban caían desmayadas».

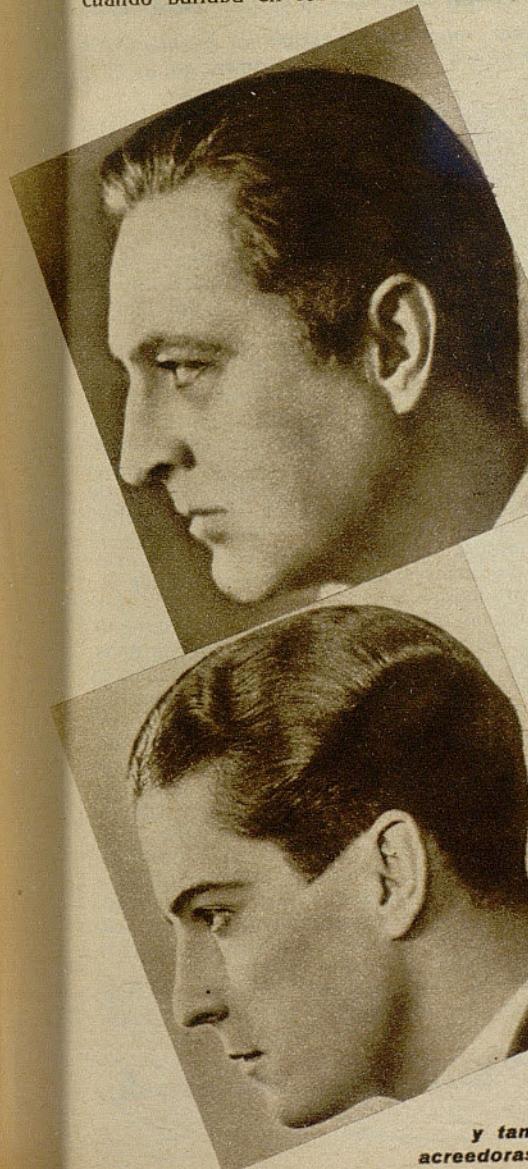
Este dato tiene algo de nueva brujería que parangona al moderno Don Juan con el de Tirso.

Sin embargo, la señorita D'Algy asegura haber visto esta escena y otras no menos sensacionales. Cierta día, por ejemplo, al salir del estudio él la acompañó en su auto hasta el hotel donde ella se alojaba. Un guardia de tráfico detuvo el coche para que pasaran las modistillas de un gran taller. Fijarse las muchachas en que el ocupante del auto era Rodolfo Valentino y asaltar el coche, atropellándose, arrollándose, destrozando los trajes del astro y de la estrella, todo fué uno. A Don Juan, de fijo, no le aconteció nunca aventura parecida...

ERA Valentino — Rodolfo Guglielmi — «el hombre más guapo del mundo», como estúpidamente se ha dicho y repetido?... ¡Oh, no! No por cierto. Su figura era, sí, gentil, como figura mediana de hombre latino, pero bien lejos de la musculatura recia y la talla hercúlea de los galanes anglosajones. La debilidad de su ojo derecho, causa de que por tres veces y por tres naciones — Italia, Inglaterra, Estados Unidos — le fuera rechazada su demanda de incorporarse a filas para ir a la Gran Guerra, ponía en su rostro esa sombra de incorrección que es, no obstante, como una lánguida llamada a la ternura. No; no era, ni con mucho, el hombre más guapo, no ya del mundo, sino que ni del lienzo. Antes y después del «Caid», la pantalla nos ha mostrado otros más perfectos rostros varoniles. En su día, el noruego Psilander; Wallace Reid en

el amanecer del cine americano; Tullio Carnimatti y Collo, sus compatriotas; más tarde, John Barrymore, con su perfil de medalla, y Edmundo Lowe, Kerrigan, Novarro, George O'Brien, Clive Brook, y tantos, y tantos, han poseído o poseen cualidades físicas más acreedoras a ese famoso y ridículo título de «El hombre más guapo»...

ENTONCES hay que preguntarse: ¿qué era lo que, innegablemente — y aun sin llegar al desmayo de que la señorita D'Algy nos hablaba —, atrajo así la universal admiración femenina hacia Rodolfo Valentino?... ¿En qué calidad suga radicaba es poder de sugestión cuyo secreto no han podido heredado los Gilbert, ni los Cortez, ni los Catelein, ni los Kerry?... Su varonil belleza no era superior a la de ninguno de éstos; las sugestivas leyendas fraguadas en torneo a su vida y milagros, han sido igualmente entrelazadas alrededor de estas otras figuras, pues que todas ellas tienen un mismo origen: la actividad de los



John Barrymore, Clive Brook,
Ramón Novarro, George O'Brien, Edmundo Lowe
y tantos otros han poseído o poseen cualidades físicas
acreedoras al famoso y ridículo título de "El hombre más guapo"

departamentos de propaganda... Entonces? Entonces...

Rodolfo Valentino apareció en la escena del mundo, durante los años que siguieron a la Gran Guerra. El mundo estaba fatigado del horror de la carnicería inmediatamente anterior, y del materialismo brutal que le había precedido. La segunda mitad del siglo xix, se entretuvo en cubrir de lodo la alada figura del amor, tejida con los sueños de los románticos durante la primera... Y basta leer cualquier libro sincero de guerra, en los que no faltan, por cierto, las escapa-

El romanticismo que ansiaba el Mundo después de la gran guerra fué también el que motivó el éxito primero de Mary Pickford, la niñita de los tirabuzones



El secreto de su poder de sugestión no lo han podido heredar ni los Gilbert, ni los Cortez, ni.....

das eróticas, para darse cuenta de que allí fué, lo mismo en todos los frentes que en los países neutrales, la plena derrota del amor, en lo que — de las Cortes provenzales acá — tiene de espiritual, de idealista, de romántico.

Esto era lo que, en aquel momento, le hacía falta al pobre mundo: ROMANTICISMO. Esto es lo que el cine, y más especialmente el cine americano del primer instante, le trajo. Fué éste el gran éxito primero de Mary Pickford, la niñita sentimental de los bucles rubios. Y éste el del lenguidez italiano Rodolfo Guglielmi.

¿Rodolfo Valentino... un galán romántico? Sí, y por cierto con todas las características del género. Esa delicadeza de sus maneras, esa melancolía de su mirada, y — ¿por qué no? — ese algo que los americanos, yendo derechos al origen, llaman «sex appeal» y que se encubre, como en el romanticismo, de enfermiza languidez, de anhelo indefinible, en el caso más extremo de afán de morir, no es sino esencia de romanticismo. En todas las actuaciones del «Caíd» famoso es esta nota de erotismo sentimental — tan lejos de la fuerte simplicidad amatoria del cow-boy, como de la picaresca y frívola caza del amor, estilo Maurice Chevalier —, es esta nota la que predomina.

Y, con todo ello, todavía un factor nuevo, y, cinematográficamente, precioso: la ingenuidad. Fotogénico hasta las uñas, Valentino lo es también en su psicología. Y la ingenuidad es eminentemente fotogénica. Por ello, Valentino, el enamorado, el conquistador Rudy, el hombre que enloquece a las mujeres, no se nos aparece nunca, jamás, en ninguna de sus actuaciones, como el galán fanfarrón, pretensioso, pagado de sí mismo y de su bien conquistada fama. Su atractivo, casi podríamos decir su procedimiento, es distinto, cuando no opuesto, al que, para igual fin, usa nuestro Don Juan de España. Valentino es un ingenuo, aun en sus fechorías, que en virtud de su ingenuidad, le son — indefectiblemente — perdonadas... De donde resulta que Rodolfo Guglielmi, en su papel — ya universal — de enamorado, tiene el acierto de quedarse con lo mejor de la herencia latina y tomar lo más precioso de la psicología del galán yanqui...

Y de modo tan perfecto, tan acabado, compone su tipo, que hasta muere joven, en plena flor de gloria amorosa, porque el tiempo, y la grasa, y el artritismo y el egoísmo no se lo alteren ni descompongan...

Mariánez Morale

VALENTINO

El donjuán apasionado y sincero

de Catalunya

CON Valentino, pasó por la vida un nuevo tipo de donjuán. Ni cinismos, ni jactancias, ni cruelezas. Amor, mucho amor. Una fuente inagotable de dulces afectos, destilados gota a gota, con persistencia y con suavidad.

Sus armas — aparte la belleza del rostro y la arrogancia de la figura, proclamadas con una sorprendente unanimidad por el bello sexo — eran el baile, y aquella exaltación espiritual que invariablemente manifestaba ante la belleza femenina, como si cada amada fuera su primer amor. Bailando era un prodigo de perfección y de elegancia, y no se olvide que el baile es una de las armas más eficaces del donjuán moderno.

Más tarde, tuvo un nuevo y formidable atractivo: el de ser un gran artista de la pantalla. Pero eso no quitó ni añadió nada a su poder de seducción. Sin el incomparable reclamo del cine, no habría sido famoso, pero sí tan donjuán como fué. Valentino rompió la tradición de los donjuanes dominadores para crear el tipo del donjuán dominado.

En sus amores de muchacho, en sus flirts circunstanciales, en sus matrimonios, desempeñó al fin, y siempre, el papel de víctima.

Escribir su biografía es na-sentimentales, lágidos unos a rrar una serie de episodios otros como los eslabones de una cadena. Por eso es extraordinario que Valentino amara siempre con sinceridad. ¿Qué milagro de capacidad afectiva se encerraba en aquel corazón?

Tuvo un primer amor que fué como un perfume delicioso y perdurable: Bettina. Fué en Italia, su tierra natal. Rodolfo era todavía un adolescente. Ella, casi una niña. Las primeras ternuras, engarzadas por la vehemente elocuencia de Rodolfo, cayeron en aquel corazón virgen como un tesoro que había de perdurar eternamente.

Separados por el azar de la vida, Rodolfo cayó en una desesperación enloquecedora y, por primera vez, comprobó el atormentado, que su alma estaba tan abierta a las dulzuras de la pasión como al dolor de la ruptura.

Días de insensibilidad, de mortal indiferencia por la vida, y surge la reacción, gracias a una mujer.

Un naufragio en los canales de Venecia. Un salvamento que eleva a Rodolfo



fo a la ideal categoría de héroe. El naufrago es una mujer, una dama bellísima. Es la primera aventura del adolescente. Unos días de delirio, de pasión tumultuosa y sin freno, y, de pronto, una carta lacónica, indiferente, banal y amable, que pone fin a la aventura con una despedida. Más tarde, vemos a Rodolfo a bordo de un transatlántico, camino de Norteamérica, con algún dinero que su abnegada madre le proporciona.

Un período de nuevos amores y nuevas luchas en la urbe neoyorquina, y allí, siendo bailarín de un restaurante de lujo, conoce a una artista de cine que le induce a trasladarse a Hollywood.

Trabaja algún tiempo como «extra». Obtiene su primer papel y se remonta y fulgura como un cohete. Entonces, el enamorado del amor se ve abrumado. Palabras, miradas que son invitaciones, cartas que son ofertas. Un raudal inagotable de adoración. Valentino las amaría a todas. Así se lo dicta su corazón.

Pero ¿cómo? He aquí un grave problema.

La más hábil entre todas, Juana Acker, consigue la preciosa exclusiva del amor del astro, que se casa con ella. Y, al sexto día de matrimonio, la esposa le abandona y solicita el divorcio.

Largos días de doloroso estupor para el infeliz donjuán, hasta que una nueva pasión — Natacha Rambova — le devuelve la felicidad perdida. Segundo matrimonio. Natacha ha tenido que triunfar entre un ejército de rivales para casarse con Valentino, apenas legalizado el divorcio con Juana Acker. Pero también Natacha, inexplicablemente, se cansa de tener por esposo al hombre más adorado del mundo, y solicita la separación. Esta vez el desengaño de Rodolfo es tan grande, que decide poner fin a su vida. Menos mal que un amigo interviene con oportunidad y evita la tragedia.

Finalmente, es Pola Negri la que se adueña del alma de Rodolfo.

Ya están prometidos, van a casarse, cuando, de súbito, de un tajo horriblemente certero, la guadaña de la muerte pone fin a la vida del eterno enamorado.

Ante el lecho de muerte, Pola se desmaya. Durante su rápida enfermedad, Rodolfo ha recibido homenajes de las que fueron sus esposas, sus amantes, sus «flirts», sus adoradoras fracasadas.

Es que el amor, eje de su vida, le acompaña hasta los últimos momentos.

Y aun hay más. Bettina, su primer amor, se presenta en la cámara mortuoria para depositar unas flores y detamar unas lágrimas.

Pero hay más todavía. Una muchachita que, durante un viaje de Rodolfo a Europa, logró llegar hasta él para declararle su pasión ciega, absoluta, incondicional, y a la que el artista había sabido dar una negativa amable y confortadora, se suicida al enterarse de la muerte de su amado imposible.

Y, como homenaje de fervor, deja escrita una carta en la que dice:

«Es desgarrador vivir el pasado cuando el porvenir no ofrece ninguna esperanza.»

Y así fué cómo el amor acompañó a Valentino hasta más allá de las fronteras de la vida.

J. B. VALERO

FILM SELECTOS

IVONNE RENARD

trata de crear en París el museo
RODOLFO VALENTINO

¿QUÉ es Ivonne Renard? Yo he leído este nombre en un periódico parisino, no hace todavía una semana, y recuerdo haberlo leído también a raíz de la muerte de Rodolfo Valentino. Lo que no sé es por qué apareció en letras de periódico y menos la legenda amorosa que más tarde se forjó acerca del mismo. Sin embargo, ahora se dice que Ivonne Renard tiene el firme propósito de crear en París un museo donde se rinda culto a la memoria del más grande amador de la pantalla.

Como es de suponer, la idea de esta moderna Margarita Gautier ha sido acogida con burla por parte de algunos maliciosos; pero para los que no lo son, entre los que se encuentra el cronista, no puede ser su intención más satisfactoria. Y no digo nada de las mujeres a quienes el recuerdo del malogrado artista aun las hace suspirar, porque nadie como ellas ha sentido tanta alegría.

Veo, pues, muy justo que mademoiselle Renard, se desviva y trabaje por llevar a cabo su proyecto, máxime suponiéndome que fué en vida de Rodolfo Valentino, algo más que una de sus preferidas admiradoras. ¡Tal vez Pola Negri no conozca a Ivonne Renard! ¡Qui-



Mademoiselle Renard, paseando por el Hipódromo de Auteuil, de París, durante una de las grandes carreras de caballos.



Rodolfo Valentino en el papel de «Caíd».

zá a Nazimova no se le hubiera ocurrido nunca pensar que existiera semejante persona!...

Pero el caso es que a otros artistas, menos artistas que Rodolfo Valentino, se les ha dado vida en mármoles y bronces para que se les recuerde eternamente. Claro que no ignoro que en Hollywood hay un pequeño monumento dedicado a su memoria; pero es tan sencillo, tan pobemente situado está, que no basta cuanto le rodea para recordarlo como se merece. Además, según Ivonne Renard, en la ciudad del cine los ídolos más famosos, al morir, se llevan consigo todo su prestigio.

El novio espiritual que fué de todas las mujeres del mundo, es digno, por tanto, no de un busto que perpetúe su memoria, sino de un museo donde se rinda devoción al arte puro y romántico que puede decirse murió con él.

Ivonne Renard ha podido adquirir unos cientos de fotografías de la mayor parte de las películas hechas por el inolvidable «Ruddy», algunos libros biográficos, varias co-

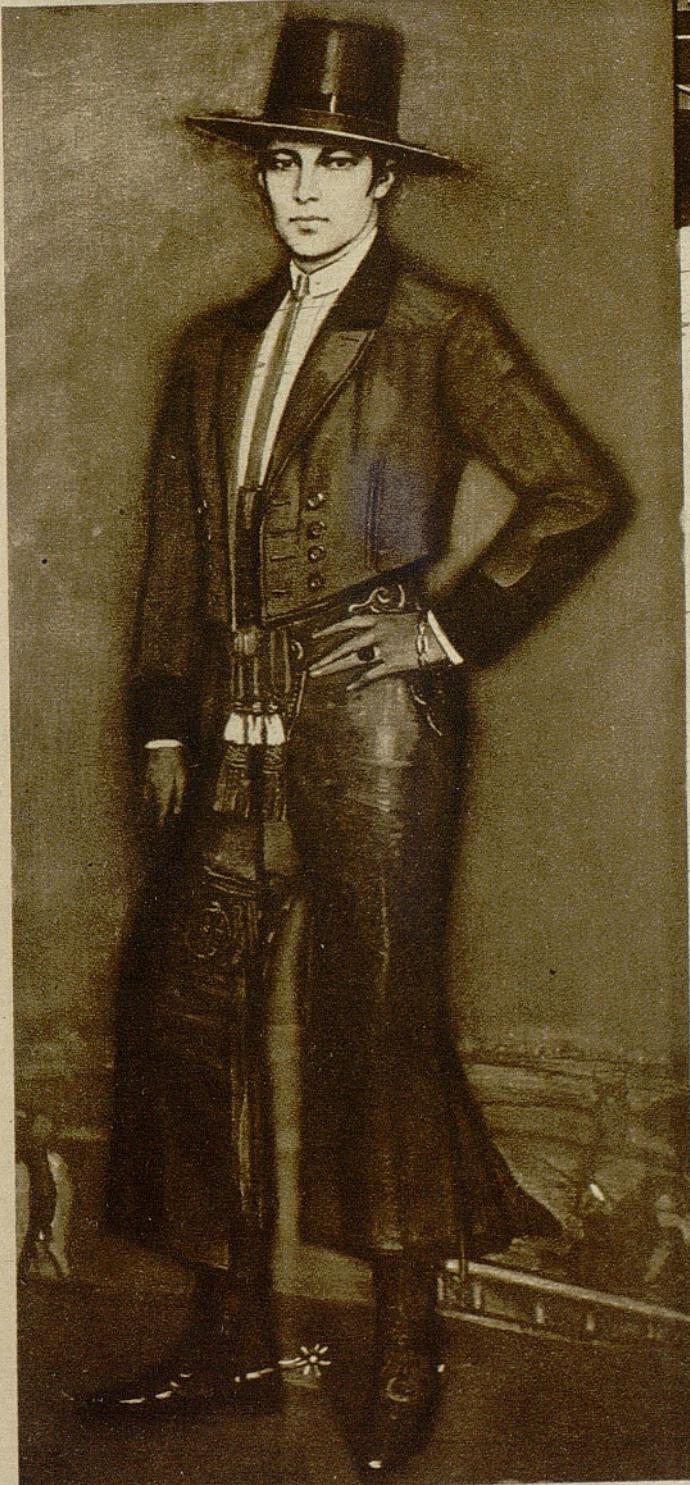


Rudolfo Valentino en "Monsieur Beaucaire"

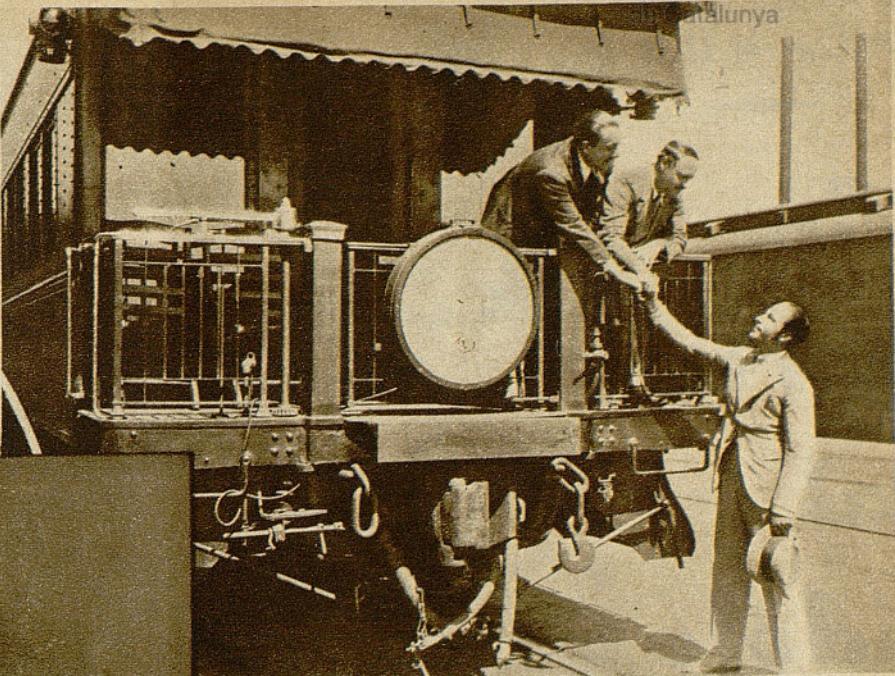
FILMS SELECTOS
SUPLEMENTO ARTÍSTICO.

lecciones de revistas y periódicos y otras muchas cosas que hablan de su vida y de su arte inimitable. Pero todo eso, con ser tan poco, lo ha conseguido a fuerza de amor, de dinero y de no pocas burlas. En su camino ha habido diferentes obstáculos y hay todavía que salvar más para que el sueño dorado de Ivonne Renard se realice.

Su primera decepción la sufrió en Castellaneta, la ciudad de Italia que vió nacer al admirado astro cinematográfico. Allí su busca chocó con la ignorancia de las gentes que apenas si sabían que Rodolfo Valentino había llegado a



Este retrato de Rodolfo Valentino, pintado por Federico Beltrán Mases, era el preferido por Pola Negri (su último amor?)



Rodolfo Valentino despidiéndose de su amigo el pintor Federico Beltrán Mases.

ser el más destacado galán de la pantalla. Únicamente pudo enterarse que los padres de él, hacía tiempo que habían muerto y que sus hermanos habían ido a vivir lejos de su patria.

Pero la mujer todo adoración y romanticismo no ha desmayado por eso y está dispuesta a dar cuanto tiene por conseguir todo lo que hace falta para dar cima a su bello proyecto.

Ahora, según ha dicho, abandonará la ciudad del Sena para trasladarse a Cinelandia, donde está segura de hallar algunas prendas y objetos que pertenecieron en vida al gran artista y que servirán, como otros muchos que posee, para la creación del mencionado museo.

Como se sabe, allí se halla la casa que habitó Rodolfo Valentino; el camerino en el cual se vestía y se maquillaba y algunas cosas más por el estilo que ahora no recuerdo.

Claro que todo eso pertenece ahora a otros dueños y quizás no exista ya nada de lo que él dejó. E igual habrá ocurrido con sus muebles, con sus autos y alhajas.

Todo cuanto poseía ha ido a parar a manos de los chamarileros, de los buscagangas y cómpralotodo o fué adquirido en aquella famosa subasta relatada por la prensa americana y en donde por un pañuelo o una corbata suya se pagaban cientos de dólares.

No obstante, creo que aun puede hallarse algo que pueda revivir su recuerdo.

No soy tan escéptico para suponer que el cine parlante lo haya matado por completo. No creo tampoco que sea imposible el éxito de Ivonne Renard, y menos la creación en París de un museo Valentino.

Aunque en Cinelandia los recuerdos del que muere sólo perduran algunas horas, aunque el materialismo sea lo más sentimental que existe allá, sigo creyendo que con el dinero, el amor y la tenacidad que posee Ivonne Renard, se puede conseguir todo por difícil que parezca.

Afortunadamente no son sólo sus películas las que pueden devolvernos la imagen del llorado Rodolfo Valentino, hay algo más que todo eso, algo más sensible y hermoso que vive todavía en el corazón de muchas mujeres. Es el amor puro y el arte romántico del gran amador de la pantalla que llenó toda una época de sueños e ilusiones femeninas.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

En torno al ídolo

Rodolfo Valentino anuncia a una joven de Boston su próxima reencarnación en otro ser idéntico a él mismo, con la misma figura y el mismo nombre.

ACERCA de Rodolfo Valentino, estrella de estrellas y amante ideal de la pantalla, se ha dicho ya todo. Se sabe cuál era su verdadero nombre. Se sabe dónde nació. En números corrientes y extraordinarios de periódicos y revistas y hasta en libros — recuérdese que acabamos de publicar en folletón la obra de Edouard Ramond «La vie amoureuse de Rodolph Valentino» — se han desmenuzado su personalidad, sus amores y se ha intentado, con más o menos fortuna, descifrar el secreto de su influencia avasalladora sobre el bello sexo.

Todas las pitonisas, las modernas madames de Thebes, se han creído en el deber ineludible de lanzar a los cuatro puntos cardinales sus pronósticos, sus cábala, sus predicciones...

Todo es, pues, conocido de este hombre singular para quien un tango vulgar en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» abrió las puertas de la fortuna, de la gloria y de los más recónditos misterios de algunas beldades femeninas, pasando de la plebezuel dorada de los dancings a la riqueza auténtica, sin fausto ni relumbrón, de las modernas reinas de la moda y del dinero; del cuarto de hotel humilde, ruidoso e incómodo, junto a las nubes, a la mansión de lujo, confortable e independiente, entre encajes y sedas. Todo es conocido acerca del popular y soñado Rudy — vida, muerte, tumba —, e inútil sería volverlo a repetir. La actualidad es flor de un día. Nuevos vientos la deshojan y hacen florecer otras para nuestro gusto e información.

Rudy pasó... El mismo viento de la actualidad que lo trajo se lo llevó entre millares de hojas impresas cuando la muerte segó su vida en plena juventud.

Sin embargo, hay un punto concreto que no deja de excitar hoy todavía la curiosidad del mundillo del celuloide. Este punto es la influencia de Rodolfo Valentino después de muer-



Mr. y Mrs. Harry Carey, con sus hijos, en el patio de «El nido del halcón», la antigua casa de Rodolfo Valentino, que la familia Carey ha tomado desafiando los rumores de que lo habitan desaparecidos. Harry, actor de la Metro, declara que hasta la fecha no se ha tropezado con fantasma alguno.

to, lo que pudiéramos llamar su actuación de ultratumba; actuación directa, puesto que se realiza sin necesidad del auxilio de «medium».

Indudablemente era un galán joven que tenía «sex-appeal». Atraía, tenía poder de atracción sobre el sexo contrario. Era — por lo visto y oido — un hombre muy hombre, como ahora se dice.

Pero hombres como él los ha habido en la pantalla — subyugadores, irresistibles — y, no obstante, no han ganado batallas después de muertos, que es precisamente lo que, si hemos de dar crédito a una revista americana, acaba de hacer el llorado héroe de tantos famosos films y de tantas damiselas inconsolables.

Hasta qué punto la idolatría por Valentino y la perennidad de su memoria se sale de lo corriente, lo demuestra el hecho de que una bellísima joven bostoniana haya oido en sueños la voz del esbelto bailarín italiano, anunciándole, en correctísimo inglés, su próxima encarnación en otro ser idéntico a él mismo, en su otro «yo» valentinesco, con la misma figura y el mismo nombre.

La noticia, no por lacónica menos nutrita de sugerencias, ha causado gran revuelo, haciendo gemir prensas, telégrafos con y sin hilos, máquinas de escribir y cyclopes. Suponemos que a estas horas ya habrá en algunas editoras de films preparados ventajosísimos contratos para que los acepte y firme el recién llegado del reino de las sombras.

Pero mucho tememos que la sombra valentinesca anunciada, como consecuencia del transporte de pura llama de amor vivo, sea un truco de una girl de imaginación exaltada y de algún vivo cinelándico que, aprovechándose de las circunstancias, quiera hacernos pasar gato por liebre. ¡Alerta, cinéfilos! ¡Se me antoja que quieren dárnosla con queso!...

A. HERRERO MIGUEL

LA QUE DESCUBRIÓ AL ASTRO

HAY astros que brillan con luz propia. Otros reciben el reflejo de los demás. A veces este reflejo, este brillo, es tan potente, que parece propio.

Ser el marido de su viuda, ser la madre de la artista o el hijo del grande hombre, son casos que se dan todos los días; pero ser quien descubrió al grande hombre, a la artista o al genio, es algo más directo y más satisfactorio. No es la gloria: es menos y es más; no es participar de ella, sino, casi, casi, haberla creado.

Así June Mathis, mujer que fué la empleada mejor retribuida de toda la cinematografía americana, y que en su día descubrió la estrella de Rodolfo Valentino.

La señorita Mathis era una de las directoras de películas de más prestigio de los Estados Unidos. Había pertenecido a la escena, representando papeles de ingenua y actos de variedades que le valieron éxitos menos que medianos. Entró en el cine por la puerta chica, como comparsa, y un buen día dejó de actuar ante el tomavistas para componer escenarios y manejar el megáfono. Puede decirse que en tal momento halló su camino. Su talento como autora y adaptadora de escenarios para la pantalla le valió bien pronto renombre y fortuna. Mucho debía de valer cuando con tal facilidad se le abrió la bolsa de los productores. Su nombre, sin embargo, no sonó en el mundo hasta que tuvo la suerte de descubrir a Rudy, el aun llorado.

La principal misión de un proveedor de asuntos para la pantalla es leer, leer a todas horas, leer siempre y en todos los idiomas, cuanto se publica en todas las partes del mundo. Es preciso que no se escape ninguna idea, ninguna trama que — más o menos disfrazada o adulterada — pueda servir para ser devuelta al mundo en forma de superproducción, superjoya o cualquier otro grado de superioridad cinematográfica. Leyendo, leyendo, la señorita Mathis tuvo entre sus manos «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», de Vicente Blasco Ibáñez. Convencida del gran éxito que esta obra ob-

tendría en la pantalla, convenció a Samuel Goldwyn de que la realizase bajo su dirección. Entonces, una vez conseguido el empeño, y, en el momento de proceder al reparto, fué cuando un acierto, una sagacidad esencialmente femenina la llevó a dar sitio en la obra, por encima de las figuras de renombre que el prestigioso estudio le brindaba, a un desconocido, a un don Nadie, al mediocre bailarín sin fama que sólo había posado ante el tomavistas en una película insignificante como intérprete de un papel secundario.

«Los cuatro jinetes del Apocalipsis» obtuvo un éxito rotundo. Éxito inesperado, excepcional. La figura del bailarín desconocido se hizo popular en el mundo entero. Rodolfo Valentino

no vivió en todas las pantallas del mundo la vida de la criatura de Blasco Ibáñez. Pero la criatura de la farsa quedó pronto disminuida, inexistente, ante la gloria real, personal, de su intérprete, el hombre de carne y hueso. El modesto emigrante italiano, empujado por su personaje — empujado, realmente, por manos de mujer — llegaba al pináculo.

YA se fué Valentino. Ya se fué también June Mathis, quien murió a poco de fallecer el «sheik», de repente, viendo una película en un teatro de Broadway. Y hay que pensar... Este hombre joven, guapo, artista, a quien una rueda de mujeres bellas, enamoradas, rendidas, prestó amoroso culto; este, a quien con frase películesca se llamó «el novio de todas las muchachas del mundo»;

el que aun prende lágrimas en las femeninas pestañas y recibe póstumo tributo de admiración y tributo de tantas y tantas mujeres bonitas, no conoció, sin duda, en su vida a ninguna que mereciera su amor, su gratitud, su ternura, como esta June Mathis, enfermiza, medrosa, débil. Porque ella fué quien, en la obscuridad, supo hallarle y reconocerle...

Y también: esta mujer de indudable talento, de inspiración fecunda, que hizo posible la realización de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», de «El rajah», de «Los Diez Mandamientos»; que se vió festejada, halagada; que, por su propio esfuerzo se elevó hasta la opulencia; que durante la realización de «Ben-Hur» — tanto importaba su vida al productor Samuel Goldwyn — vió su existencia asegurada en un millón de dólares, no pasará a la posteridad sino con un solo título: el de «la que descubrió al astro», y si brilla, brillará por reflejo.

Rodolfo Valentino, torero

Aunque nos parece excesivamente crudo y apasionado este artículo de nuestro colaborador Antonio Orts-Ramos, lo publicamos por nuestra norma de respetar todas las opiniones y de conceder libertad para expresarlas así como por creer que es natural y lógico que no todos zarandeen el incensario al juzgar la labor de un hombre.

El hombre más guapo del mundo, como algunos le llamaban, el malogrado actor de cine, Rodolfo Valentino, hubiera sido el peor torero del orbe. Y esta aserción se puede hacer a priori con toda seguridad de éxito. Sobra con contemplarlo vestido de torero, para ver que hubiera sido un mal torero.

Hay artes y profesiones en que, los que se dedican a ellas, pueden y aun deben salirse del atuendo clásico que distingue a ciertos gremios. El torero, no. Y si en muchas ocasiones un cambio de indumento ha revolucionado toda la técnica de un arte, en el de lidiar toros se ha seguido una ley inversa.

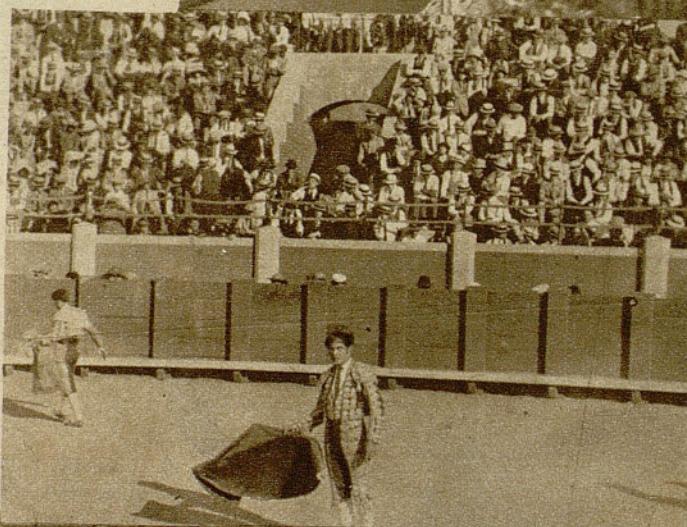
El verso hexámetro, original y libre de Rubén Darío, de ningún modo hubiera podido ser escrito por un vate de largas melenas y amplia chalina. La pulcritud de su alma de poeta moderno, necesitaba al menos un baño diario y una pasada de Gillette todas las mañanas.

Pero la ágil maestría de Joselito, la modernidad exquisita de su toreo, dentro de los principios clásicos, fué la que introdujo el remozamiento del vestido de los toreros. Es decir, que en el arte de los toros, primero se reforma éste y después la indumentaria.

De ahí que uno quede sorprendido al observar las innovaciones de indumento que Rodolfo introdujo en el traje de luces y, ateniéndose a la regla, saque en consecuencia que de ningún modo hubiera podido ser un buen torero el que tan desaprensivamente rompía con la tradición sin llegar a la autoridad indiscutible de una primera figura en el arte de lidiar reses bravas.

Esta extraña conducta del actor italiano al vestir el Juan Gallardo de «Sangre y arena», quizás tan sólo obedeciera a la intención, tan perdonable como ridícula, de aumentar el pintoresquismo del bestiario llamado torero.

Pero lo que ya demuestra ignorancia, es el confundir la castañeta o sorongo que va enganchada a la cole-



ta, que es para lo único que sirve la trenza que los toreros llevaban colgando en el occipucio, con una prenda de adorno, cuando esa moña que asoma por detrás de la montera se lleva para atenuar el golpe de una posible caída hacia atrás que, sin esa defensa, en algunas ocasiones podría ser mortal, y no para lucirla como el remate de un artístico peinado. En esa fotografía en que se encamina hacia el toro, bastante bien cogida la muleta como para torear al natural o por alto, faltale expresión en la cara e inquietud en toda la figura. ¡Como que no hay toro!

De haberlo, la mano libre, la izquierda, iría pegada nerviosamente al muslo o separada un poco de él; pero tensa, vibrátil, como la mano que se apoya sobre un cuerpo fragilísimo y teme romperlo. Esa mano, cuya actitud muchos toreros ignoran, es la que detiene el miedo y sujetela al torero en la arena. La graciosa arbitrariedad de esos «bandos» a lo Cleo de Merode que muestra Valentino, indican igualmente que el desaparecido actor ignoraba que el torero, hasta hace unos cuantos años, jamás usó el pelo largo. El llevarlo corto, como asimismo el ir rasurado, no obedece, como sin duda podría creerse, a una característica distintiva de la profesión, si no a una costumbre higiénica y económica del labriego español, de cuya clase procedían la mayoría de los toreros y de la cual aun en la actualidad proceden muchos.

Y todo esto sería perdonable, si tan siquiera Rodolfo hubiera besado en la película «Sangre y arena», como en España se besaba antes que el beso de Cinelandia se tomara como modelo.

El beso español nunca ha tenido preferencias. Como todas las demostraciones de las razas celosas y ardientes, el beso español se producía imponente y vertiginosamente.

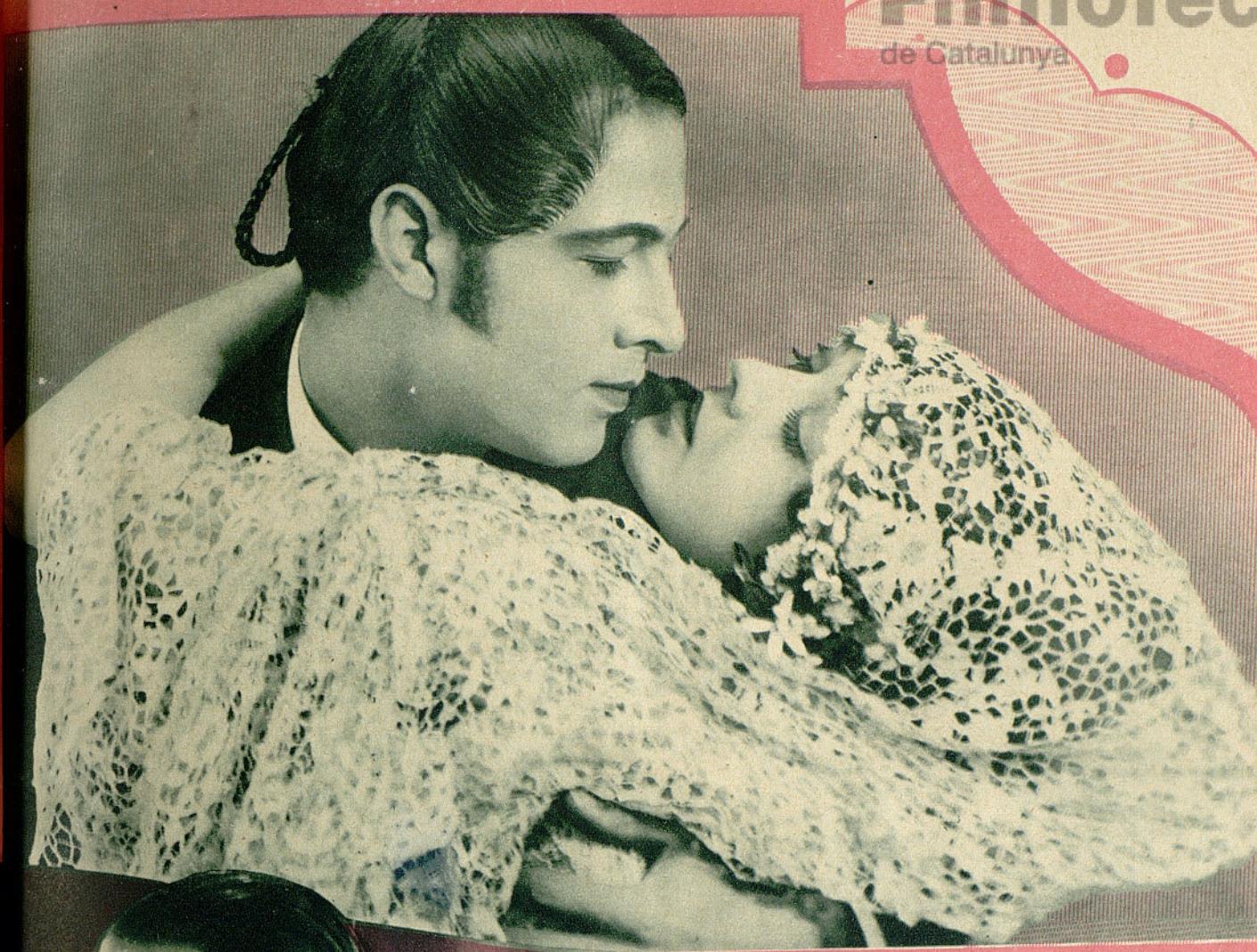
Los enamorados en España siempre se han besado sin largos y preparados estudios, incompatibles con la acometividad varonil del español. Ese mirarse fijamente en los ojos como hacen y pueden hacer los enamorados de otras razas más frías y menos exaltadas, en España no es posible. En España se besa loca y apasionadamente y sin preparaciones ni éxtasis. El español sabe que los éxtasis en amor sólo los sufren los místicos y que a una española enamorada, quien la mira en los ojos, ciega.

ANTONIO ORTS-RAMOS





RODOLFO VALENTINO
caracterizado de torero.



HE AQUÍ TRES ESCENAS DE AMOR, EN LAS QUE, SEGÚN SUS INNUMERABLES ADMIRADORES, ERA RODOLFO VALENTINO MAESTRO CONSUMADO.

En la parte superior, a la izquierda, con Vilma Banky en «El hijo del Caíd» y a la derecha, con Lila Lee, en «Sangre y Arena». En la parte inferior, con Vilma Banky, en «El Aguila Negra».



RODOLFO VALENTINO
CARACTERIZADO COMO
MONSIEUR BEAUCOIRE

Vida y aventura de BLAS ROCA, el «doble» de Rodolfo Valentino

por PLA Y BELTRÁN

El automóvil, ágil y pulido, recorridos los seis kilómetros que separan a Valencia de Masarrochos, se detiene. Son las once de una mañana espléndida. Descendemos en la misma plaza de El Soñador, maravillosamente acicalada por la caricia dulce de un sol de invierno. José Martínez Aguilar, el eterno descubridor de cosas extraordinarias, nos va a presentar al que fué «doble» de Rodolfo Valentino. Nos internamos por una callejuela. Casas bajas y paredes almidonadas. Unas preguntas. Unos minutos de espera. Y estrechamos la mano fuerte de Blas Roca.

Blas Roca es el prototipo del hombre valenciano: mentón duro, cara terrosa y patillas largas. En los ojos, la acentuada expresividad de la mirada del gran «ruddy». Puños y espaldas de verdadero atleta. Palabra corta.

Después de un breve cambio de palabras, el «doble» de Rodolfo Valentino nos invita a dar un paseo por la huerta. Aceptamos. Al salir, ya a pleno aire, empieza a contarnos su aventura. La muerte de su mujer. Su emigración en 1919. La llegada a Nueva York sin cinco céntimos y sin saber inglés. Su lucha desesperada con los más diferentes trabajos. Días de hambre. Calamidades infinitas. Y al fin el encuentro fortuito con los valencianos Conchita Piquer, Penella y otros.

Le preguntamos:

—¿Cómo fué contratado para hacer de «doble» de Valentino?

—Veré usted. Yo trabajaba entonces de fregaplatos en un misero hotel de Nueva York. Por allí venía con



Blas Roca en la actualidad



Blas Roca, el «doble» de Rodolfo Valentino, en la película «Sangre y arena»

bastante frecuencia un valenciano llamado Enrique Molina, el cual me dijo que era novillero. Nos hicimos pronto grandes amigos. Un día Molina me propuso la formación de una «troupe» cómica. El toreado y yo le ayudaríamos en la preparación de los «trucos». Para ello necesitábamos a otro que hiciese de «botones». Yo me encargué de ver a un tal Vicente Molinó, valenciano también, que aceptó este cargo. Cuando estuvimos preparados hicimos el «début». Fué un éxito apoteósico. Toreamos en diferentes sitios de Milbooke, Chicago y Kansas City. Entonces encontramos a un toro prodigioso. Era un animal grande, noble, que se dejaba hacer. Lo compramos. Le llamamos Duk. Aquel toro fué durante mucho tiempo nuestro mejor amigo. Un día se nos ocurrió escribir a la «Universal» ofreciéndonos para la filmación de unas cintas cómicas. Como transcurriese algún tiempo y no recibiésemos contestación, decidimos ir a Los Angeles. Ya allí, una mañana nos presentamos en los estudios. Fuimos recibidos muy bien. Después de algunas pruebas, empezamos a rodar con gran éxito dos films cortos: «To Macht Bull» y «Will Bull». Por aquel entonces iban a filmar la novela de Blasco Ibáñez «Sangre y arena». Rodolfo Valentino llevaba en la película el primer papel. Un día, sin saber para qué, me llamaron a los estudios. Me maquillaron y me hicieron algunas «fotos». Yo no sabía nada de lo que me estaba ocurriendo. Al mirarme a un espejo quedé sorprendido. ¡Mi parecido con el ídolo de las mujeres era extraordinario! Unos días después firmé un contrato en el que me comprometía a actuar de «doble» en la próxima cinta de Valentino.

—¿Cuándo le conoció personalmente?

—El mismo día que tenían que rodarse unas escenas en las cuales el «ruddy» aparecía de torero. Me lo presentaron cuando fui a vestirle el traje de luces.

—¿Qué tal le pareció?

—Amable y correcto, aunque en el fondo un poco vanidoso. Era muy elegante. Cuando miraba fijamente desconcertaba. Sentía una afición loca por el baile. Así solamente (Continúa en la pág. 24)



En esta foto, donde Valentino aparece interpretando uno de tantos films cuyo valor multiplicó su presencia queda bien probado que el gran actor era también un magnífico ejemplo de arrogancia.

NOTAS SUELTA DE LA VIDA DEL INOLVIDABLE RUDY

La casa palacio de Rodolfo, construida en la parte más alta de Beverly Hills, se conocía con el sonoro y enfático nombre de «Falcón Lair», esto es, «Guarida del Halcón».

CUANDO se estrenó su película «El hijo del sheik», pronunció unas pocas palabras para satisfacer a la concurrencia y al terminar tuvo la malaventura de caerse del escenario a la orquesta, recibiendo una contusión no pequeña aunque sin gravedad.

VALENTINO procuraba convertirse, poco a poco, de buen mozo en buen actor, a fin de que, andando los años, le admirara el público por su arte refinado como le había admirado por su lozana mocedad. ¡Qué lejos estaba de imaginarse cuán vana iba a resultar su plausible precaución!

COMO buen latino le tentó la literatura publicando en inglés un libro de versos titulado «Day Dreams» (ensueños). En el prefacio escribió: «A ti, lector benévolo, deseo decir unas palabras de aviso antes de que leas el contenido de este tomo. No soy ni poeta

ni erudito. Por ende, no encontrarás aquí ni poemas ni prosa. Solamente sueños — ensueños —: un poco de romanticismo, un poco de sentimentalismo, un poco de filosofía, no estudiada, sino adquirida mediante la constante observación del más grande de los maestros: Naturaleza. Mientras permanecí ocioso, no por mi gusto, sino por hallarme impedido, por la fuerza, para cultivar el campo de mi predilecta actividad efectiva, me entregué a los sueños para olvidar el fastidio de la lucha mundana y el aburrimiento de las fórmulas pendientes de los jurisperitos. Seré dichoso, en verdad, si mis «Ensueños» te ocasionan tanto goce en leerlos, como a mí al escribirlos. — Rudolph Valentino. — Nueva York, 29 de mayo de 1923.»

EN Nueva York su figura y sus facultades como bailarín le granjearon algunas provechosas relaciones sociales, entre las que sobresalió la de la distinguida señora de Jack Spreckels, quien fué su mejor amiga en aquel alegre puerto, y le ayudó hasta el punto de conseguir que su propio esposo le recomendase a personas de importancia en la comarca.

LA compañía de opereta que sacó de Nueva York a Rodolfo el bailarín, fracasó en el camino; pero él tuvo la suerte de llegar a San Francisco, donde vivió una temporada, ora del baile, ora de milagro.

EL cineasta Richard Rowland se opuso durante bastante tiempo a confiar a Valentino y a Alice Terry, por ser poco conocidos por entonces, los principales papeles de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», siéndole, por fin, confiado el papel gracias a la célebre escenarista



Las manos se alzaban suplicantes hacia el astro... (De la película «El Águila negra».)

June Mathis que exigió que el joven actor hiciera el «Julio» de la obra de Blasco Ibáñez.

SEGÚN su antiguo e íntimo amigo R. Warner, en cuya casa vivió largo tiempo, la cualidad sobresaliente de Valentino era su imperturbable buen humor.

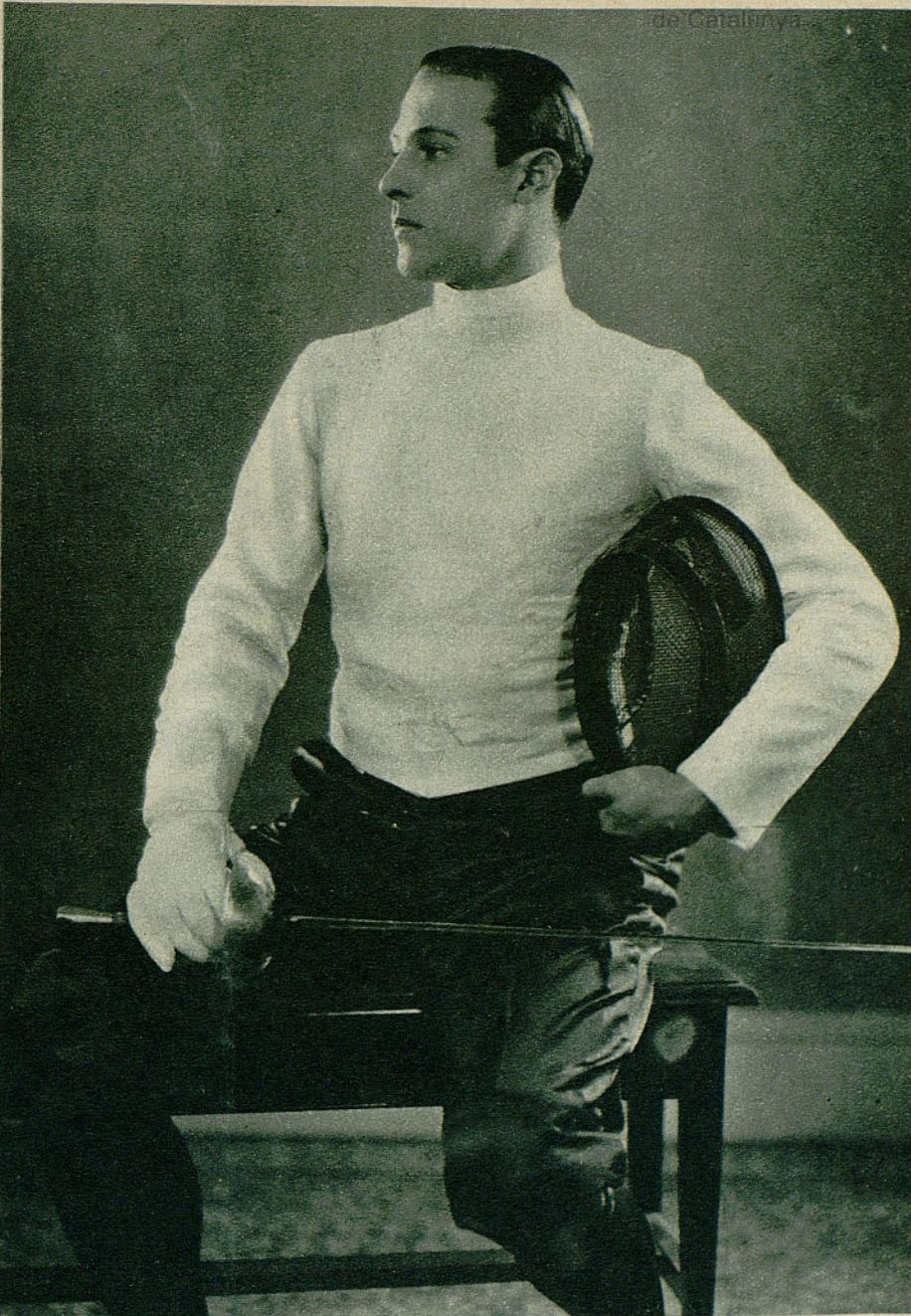
DICE R. Warner que tenía una linda voz de barítono y que siempre cantaba la canción italiana «Mamma mia». Otros dicen que tenía voz de tenor cálida y perfectamente timbrada y que solía cantar melodías de su patria acompañándose de una guitarra.

CONTESTACIONES a un cuestionario dictado a renglón seguido ante el pintor Federico Beltrán Mases:

—¿Qué quiere saber?
—Todo. ¿Cuál fué su primer film?
—Ya lo sabe usted. «La virgen casada», bajo la dirección de Emillet Flynn.
—¿Cuál es su papel preferido?
—Juan Gallardo, de «Sangre y Arena».
—¿Posee usted una mascota?
—Ciertamente. Mi esposa.
—¿Supersticiones?
—Ninguna.
—¿Qué perfume prefiere usted?
—El Maha adjah de Rosina.
—¿Fuma usted?
—Conteste usted que más que toda la marina de los Estados Unidos.
—¿Es usted goloso?
—En Italia, sí. En América, no.



En una divertida escena de «Monsieur Beaucaire».



El amante ideal de la pantalla amaba y practicaba todos los deportes. En esta fotografía se le ve preparado para un combate a florete, el cual dominaba a la perfección como comprobó en la película «Monsieur Beaucaire».

—¿Es usted fiel...?
—¿Cómo...? ¡Ah, sí, a menudo!
—¿Cuál es su ambición?
—Agradar.
—¿Sus defectos?
—Son demasiados, es preferible que elija usted mismo.
—¿Qué cualidades le adornan?
—Las otras..., las que me prestan.
—¿Qué autores prefiere usted?
—D'Annunzio, Dante, Carducci, Maupassant, Hugo y Baudelaire.
—¿Y sus compositores predilectos?
—Mozart, Puccini, Mascagni y Wagner.

—¿Su pintor?
—Rafael... ¿Qué más? ¿Está servido el señor periodista? Pasemos a otra cosa... —

LE gustaban con delirio (según confesión propia) los perros habiendo llegado a tener diez y nueve.



Dos interesantes escenas de la comedia frívola «Roba corazones».



Filmación peligrosa

Curiosos datos sobre el animal más poderoso de cuantos se conocen de tierra y mar

NADIE pone en duda que las empresas cinematográficas toman cuantas precauciones caben en lo posible para garantizar la seguridad de sus estrellas y de los extras que los rodean en la filmación de las cintas, pero también es innegable que existen algunas de éstas, cuya índole especial lleva forzosamente apartado el peligro. Fijémonos, por ejemplo, en las de ambiente marino. ¿Podrá dudar alguien de que John Barrymore ha tenido que exponerse a riesgos y molestias para filmar el protagonista de «La fiera del mar»? Una leyenda marina, sumamente dramática y especiacular, en la que se refiere la épica persecución del monstruo por un hombre, y culmina en la lucha cuerpo a cuerpo del ser humano y la fiera, requiere, por parte del actor, arrojo y sangre fría, para que la escena no degeneren en tragedia.

Prueba de lo que decimos es el hecho de que, viéndose envuelto por una borrasca el velero en que navegaba el personal encargado de filmar dicha película, un violento golpe de mar alcanzó a John Barrymore, quien no pudo sostenerse a causa de la pierna de palo, fué arrastrado y hubiera caído al mar sin su presencia de ánimo que le hizo asirse fuertemente a la borda.

En otra escena del mismo film, yendo el denodado actor con dos comparsas en un bote que perseguía a una ballena herida, la pequeña embarcación hizo tanta agua que se hundió y fué preciso parar las cámaras hasta que los artistas fueron sacados a flote y se pudo reanudar el trabajo.

No son éstos los únicos peligros que amenazan a cuantos toman parte en expediciones de esta índole. La ballena, aunque no sea devoradora de hombres como el monstruo creado por la leyenda y que es el principal personaje en la famosa novela de Melville, siempre es animal peligroso por su extraordinaria corpulencia e incalculables fuerzas.

Existen ejemplares cuyo peso excede de ochenta toneladas y entre ellos se han visto algunos de ballena albina, que parecen blancas, por el contraste con las oscuras aguas del mar. Se supone que estos cetáceos alcanzan una edad muy avanzada, aunque sea prácticamente difícil el constatar la veracidad de esta suposición.

La ballena enferma, según parece, tiene el instinto de ganar la orilla, sin duda en busca de auxilio, y esto explica la frecuencia con que en aquellas latitudes se encuentran algunos de estos colosales mamíferos muertos en sus playas.

Aunque la ballena respira aire y carece de aletas, la especial estructura de su estómago, en forma parecida a un fuelle, le permite almacenar grandes cantidades de aire, y por eso puede mantenerse largo tiempo debajo del agua y descender a las mayores profundidades.

En la época escogida por Melville para narrar la trágica persecución del monstruo marino por el arrojado patrón Ahab, sólo existían los arpones como arma ofensiva contra las ballenas, hoy los fusiles arpones dan rápida cuenta de esos enormes cetáceos, y la pesca de la ballena es negocio menos arriesgado.

El ejemplar capturado, el terrible monstruo, era una hembra de sesenta y nueve toneladas, en la plenitud de sus fuerzas, capaces de hundir de un coletazo la más sólida barca.

Por regla general, la ballena es de temperamento pacífico y no molesta a las embarcaciones a menos de que se vea atacada por ellas.

La interpretación del difícil papel de Ahab ha dado lugar a John Barrymore, no sólo para lucir sus excepcionales dotes de gran actor, sino también la extensión y profundidad de sus conocimientos náuticos.



LA ENSEÑANZA DE LA HIGIENE

Hace pocos años se celebró en Londres, en el «Incorporated Institute of Hygiene», la primera representación de películas científicas. Es verdaderamente penoso que los sabios hayan dejado pasar tanto tiempo sin prestar atención a este instrumento didáctico. Durante varios años se ha considerado el cinematógrafo como una de las numerosas formas de diversión organizadas para las masas, cuando hubiera podido utilizarse con gran provecho para ilustrar la previsión de las enfermedades y los peligros que amenazan a la salud como la plaga de las moscas, las aguas estancadas, etc. También hubiese sido muy interesante ilustrar por medio de la película, las aplicaciones de la ciencia en la vida doméstica, los diferentes momentos de la vida de los niños y los cuidados que se deben dar a los recién nacidos.

Hace algún tiempo se presentó en el «Incorporated Institute of Hygiene» una serie de películas sobre la sangre y sobre las células, varios centenares de veces ampliadas, de un ratón y de un pollo, lo que demostró que mientras los corpúsculos de la sangre tienen una forma circular en los mamíferos, son de forma alargada en las aves. Se proyectaron también películas sobre los peligros de infección que presenta la mosca común; se vieron primero cómo depositan las moscas sus huevos en la carne corrompida, después la metamorfosis de la larva en crisálida y en mosca que no tiene todavía alas, pero que después de once días es ya un insecto adulto. Se vió también cómo se posan por centenares las moscas en un pescado en putrefacción, absorbiendo los humores y merodear después alrededor de una mesa de té, posándose unas veces sobre el azúcar, otras sobre las pasas. La forma en que la mosca común puede transmitir la tuberculosis de un adulto a un

TÍTULOS PUBLICADOS:

**CARLOS GARDEL
IMPERIO ARGENTINA
JEANETTE MAC DONALD
JOSÉ MOJICA
ROBERTO REY
BLANCA NEGRI Y ALADY
ENRIQUETA SERRANO
FELISA GALE
CELIA GÁMEZ
ORQUESTRINA PLANAS
L. HARVEY - H. GARAT
MAURICE CHEVALIER
RÁMPER
AZUCENA MAIZANI
MARIO VISCONTI**

CANCIÓNERO POPULAR

32 páginas de texto. 30 cts. tomo.
20 canciones en cada cuaderno.

En esta publicación, se editan los tangos y canciones, más populares, y las letras de los cantares de las películas sonoras de mayor éxito cinematográfico de esta temporada.

Pedidos a
**BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707. — BARCELONA**

emitid el importe en sellos de correo más cinco céntimos para el certificado.

Se remite el catálogo
general a quien lo solicite.

Solicitamos correspondencia

niño era objeto de otra excelente serie de películas. Se veían las moscas alrededor de una escupidera y después posarse en un biberón; se veía muy bien al niño tomar el biberón e introducir en su organismo millones de microbios causa de terribles enfermedades. Estas imágenes que parecían repugnantes a la masa de espectadores constituyeron en realidad preciosas lecciones, puesto que pueden dar a las muchedumbres ideas claras sobre la necesidad de la limpieza y son más sugestivas que una conferencia.

El doctor A. P. Schofield ha dicho, que no hay nada más difícil como saber ayudar a los pobres sin mortificarles. Estima con mucha razón que, hágase lo que se haga, ciertos pobres quedarán siempre pobres y que el ambiente en que viven será todo lo antihigiénico que se les pueda permitir. Esta es sin duda una opinión pesimista que el doctor, deseoso de mejorar las condiciones sociales, no puede adoptar... Aquí debe intervenir el cineasta al que corresponde presentar en forma sugestiva todos los consejos que se pueden dar en diez minutos durante un espectáculo cinematográfico de dos horas. La sed de diversión de la masa debe ser satisfecha. Debemos, pues, aprovechar esta circunstancia y hacer todo lo que podamos para añadir lo más posible lo útil a lo agradable,



y piernas esbeltas son indispensables para la mujer verdaderamente elegante. La hinchazón de las piernas debida a la deficiente circulación de la sangre debe combatirse con una media especial, que presione científicamente. Ni las anti-higiénicas medias de goma, ni las vendas ineficaces cumplen tal condición.

Unicamente la
media reductora ACADEMIC

de mallas extensibles, sin goma ejerce la debida presión, suave y agradable que activa la circulación de la sangre y reduce progresivamente los tobillos. No dà calor; es lavable e invisible bajo la media más fina.

Los médicos la recomiendan.
La elegancia la impone.

De venta

Barcelona: A. Bloch
Rbla. Cataluña, 11
Madrid: El Paraíso
C. San Jerónimo, 4
y principales ortopédicos de España.

GRATIS

recibirá el interesante
folleto "Tratamiento
de las varices y reduc-
ción estética de la pie-
na" mandando el
cupón adjunto de-
bidamente com-
pletado.

A. BLOCH - Rbla. Cataluña, 11: Barcelona

Deseo recibir gratis su folleto:
Nombre _____
Calle _____
Ciudad _____
Prov. _____
n.º _____



Nuestros compatriotas
Ernesto Vilches y
María Alba, en una escena
de la divertida come-
dia «Su última noche».



En amable coloquio dice el marido a su esposa:

—¿Tan rápidos y seguros son los efectos de ese tónico?

—Sí; no he tenido ni mareos ni vómitos desde que tomo el

Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Es el regularizador de la sangre que tonifica y suprime todas las molestias del embarazo.

Está aprobado por la Academia de Medicina y puede usarse en todas las épocas del año.

No se vende a granel.

EL ÉXITO DEL AÑO

LA
FILI-
GRANA
CINEMA-
TOGRÁ-
FICA



LAS ALEGRES CHICAS DE VIENA

FINÍSIMA OPERETA POR
WILLY FORST
y LEE PARRY
CON MÚSICA DE
ROBERT STOLZ

EN
FANTASIO

Vida y aventura de BLAS ROCA, el "doble" de Rodolfo Valentino

(Continuación de la página 17)

se explica el que fuese uno de los mejores bailarines del mundo.

—¿Qué trabajo hacía usted en la película?

—Torear. Rodolfo Valentino solamente tenía que salir a recibir las ovaciones.

—¿Llegó usted a intimar con él?

—Muy poco. Valentino estaba siempre preocupado. El tiempo que le dejaba libre el trabajo lo tenía que dedicar a las mujeres. ¡He ahí su íntima tragedia: las mujeres!

—¿Estuvo mucho tiempo en Los Angeles?

—Poco. Tan pronto como terminamos de realizar «Sangre y arena», dejé los estudios. Me ahogaba. Y eso que allí conocí y cultivé la amistad de Charlie Chaplin, Lon Chaney, Harold Lloyd, Eddie Polo y Tom Mix. ¡Todos ellos grandes artistas e inmejorables amigos!

—¿Y adónde fué usted?

—Toreando unas veces y otras haciendo propaganda cinematográfica, corri América por sus cuatro costados. Luego me dediqué a los negocios. En la actualidad poseo una industria en Guatemala, que es donde resido.

—¿Y qué recuerdo guarda del gran «ruddy»?

—Uno muy agradable. La tarde que abandoné Los Angeles, a pesar de su mucho trabajo, Rodolfo Valentino y Lon Chaney se tomaron la molestia de venir a despedirme. Esta acción demuestra el alma bondadosa de los dos artistas ma- logrados. ¡Por ella les estaré siempre agradecido! —

PLA Y BELTRÁN

Naranjos» definitivamente. Me he propuesto permanecer aquí hasta haber escrito 114 novelas, como la madre de Antonio Trollope. Entonces podría dar por terminada mi carrera literaria, retirarme y viajar.

El domingo último tuvimos de huésped al señor Juan Mac Bride. Comimos pollo asado y *biscuit glacé*: apreciadísimos platos. Me satisfizo verle; momentáneamente tuve la impresión de que todavía existía el mundo. ¡Pobre Juanito! ¡Lo que necesita andar para vender sus abones! La Compañía Nacional de Granjeros no le paga sueldo. Sólo le dan el seis o el siete por ciento de las ventas que efectúa. Temo que acabará por irse a su casa de Worcester y aceptar el empleo que quiera darle su padre en la fábrica. Tiene excesiva buena fe para ser comerciante. Ser director de una floreciente fábrica de azulejos es un cargo enviable, ¿no es cierto? El desdén olimpicamente los azulejos, pero concluirá por estimarlos.

Confío que apreciará usted en su justo valor la extensión de esta carta. Es que aun le quiero, papáto, y soy completamente feliz. Rodeada de una vegetación exuberante, con buena comida, mullida cama, papel a discreción y un decalitro de tinta, ¿qué otra cosa puedo ambicionar?

Suya siempre, JUDITH.

P. D. — El cartero nos trae algunas noticias nuevas. El próximo viernes llegará Master Jervie a pasar una semana con nosotros. Unicamente lo siento por mi libro, que se verá abandonado, pues Master Jervie es muy exigente.

27 de agosto.

Querido Papaito Piernas Largas: ¿En dónde estará usted?, me pregunto.

Nunca sé en qué punto del planeta se encuentra. Espero que no se hallará en Nueva York con este tiempo tan lamentable y que estará usted en cualquier pico o montaña elevada (no en Suiza, sino más cerca), mi-

rando la nieve y pensando en mí. Me siento desamparada y necesito que alguien piense en mí. ¡Oh, papaito, cómo ansío conocerle! De ser usted también desgraciado, podríamos consolarnos mutuamente.

Me parece que no voy a poder seguir en «Los Naranjos». Pienso marcharme. El próximo invierno, Sallie se instalará en Boston. ¿No cree usted que sería ideal ir con ella y poner un estudio a medias? Mientras Sallie trabaje, yo puedo escribir y por las tardes estaremos juntas. Porque las tardes resultan interminables, cuando sólo puede hablarse a los Semples, a Carrie y a Amasai. Desde luego, ya sé que no le gustará a usted la idea del estudio. Adivino la carta de su secretario:

«Señorita Jesusa Abbott.
Distinguida señorita:

El señor Smith prefiere que permanezca usted en «Los Naranjos».

Suyo affmo.,

ELMER H. GRIGGS.»

«Los Naranjos.»

19 de septiembre.

Odio a su secretario. Estoy segura de que un hombre que se llama Elmer H. Griggs, debe ser horrible. Me parece, papaito, que terminaré por ir a Boston. No puedo continuar aquí. Si las cosas no cambian, tendré que arrojarme a un pozo, desesperada.

Apenas hace calor! La hierba está chamiuscada, los arbustos secos y las carreteras polvorrientas. Hace muchísimas semanas que no ha llovido.

Por esta carta creerá usted que estoy atacada de hidrofobia, pero no es así. ¡Sólo me falta la familia!

Adiós, queridísimo Papaito.
¡Cuánto deseo conocerle!

JUDITH.

«Los Naranjos.»

3 de octubre.

Querido Papaito:

Acaba de ocurrirme algo, que me obliga a pedirle un consejo. A usted

quiero otra parte y sea cualesquiera el grado a que pertenezcan, siempre nos echan los curas a las muchachas el mismo sermón. ¡Por qué no irán a las escuelas de chicos a decirles que más que su mentalidad han de educar su bondad?

El día es maravilloso: frío, helado y claro. En cuanto terminemos de comer, Sallie, Julia, Marty Heene, Eleonor Pratt (estas dos últimas, aunque usted no las conozca, son amigas mías) y yo, nos pondremos la falda corta y nos iremos a campo traviesa hacia la granja Primavera, donde nos prepararán una merienda con pollo asado y maíz frito, y luego, el señor Primavera nos llevará a casa en su calesín. Suponen que estaremos de vuelta a las siete, pero nosotras pensamos extralimitarnos un poquitín y volveremos a las ocho.

Mis saludos, amable señor.

Tengo el honor de suscribirme su más leal, constante, fiel y obediente servidora,

J. ABBOTT.

5 de marzo.

Querido señor Tutor:

Mañana es el primer viernes del mes, un día abrumador en el Asilo de John Grier. ¡Qué gran satisfacción para ustedes oír dar las cinco, acariciar la cabeza de algún asilado y tomar las de villadiego! ¡Me ha acariciado usted alguna vez? (Puede usted decírmelo; no se lo diré a nadie.) A mí me parece que no; sólo recuerdo haber visto consejeros gordos.

Haga usted el favor de transmitir mis sinceros recuerdos al asilo. No puedo menos de sentir cierta ternura hacia él al contemplarlo al través de una niebla de cuatro años. Al principio de estar en el colegio, me lamentaba de no haber pasado la infancia como las otras niñas; ahora, en cambio, no me disgusta. Me doy cuenta de que vivo una aventura extraordinaria. Tengo la ventaja de poder contemplar la vida bajo diferentes aspectos. Habiendo salido

del barro, el mundo tiene para mí una perspectiva de la que no pueden disfrutar las personas que han nacido en la opulencia.

Conozco a muchas chicas (Julia por ejemplo), que no saben cuándo son felices. Están tan acostumbradas a serlo, que sus sentidos se hallan entumecidos. Yo, por el contrario, tengo plena conciencia de todos los momentos felices. Ahora trato de convencerme de que lo soy constantemente, a pesar de que no todo sucede de acuerdo con mis deseos. «Mientras haya firmamento sobre mi cabeza, tendrá valor para soportarlo todo.»

Papaito, no vaya usted a tomar al pie de la letra esta nueva simpatía por el Asilo de John Grier. Si, como Rousseau, tuviera cinco hijos, no los dejaría abandonados en el umbral de un asilo para que se criasen con sencillez, no.

Mis sinceros recuerdos para la señora Lippett (es verdad que la recuerdo; quererla lo encuentro demasiado fuerte) y no se olvide de decirle el cambio ventajoso que se ha operado en mí.

Suya afectísima,

JUDITH.

«Los Naranjos»

4 de abril.

Querido Papaito:

Se ha fijado usted en el matasellos? Sallie y yo estamos embelleciendo «Los Naranjos» con nuestra presencia durante las vacaciones de Pascua. Hemos pensado que el mejor empleo que podíamos darles a estos diez días de asueto era irnos donde hubiese calma. Nuestro sistema nervioso estaba tan electrizado, que no nos era posible pasar una hora más en Fergussen. Tener por comensales a cuatrocientas chicas, se nos antojaba un entremés del que ya estábamos cansadas. Hay tanto ruido allí que no es posible entenderse como no sea hablando a gritos,

sirviéndose de las manos como bocina.

Nos paseamos por las colinas, leemos, escribimos. En fin, hacemos una vida deliciosa. Parece increíble que haga ya dos años de nuestra ascensión a la Colina Celeste con Master Jervie. Aun he podido ver el sitio de la roca que ennegreció el fuego encendido para calentar nuestra cena. Es singular lo relacionados que quedan ciertos sitios con ciertas personas. Sin él me he sentido sola... por espacio de dos minutos.

Dígame usted lo que piensa de mi actividad. Empiezo a creer que soy incorrigible: ¡estoy escribiendo un libro! Lo empecé hace tres semanas y lo voy escribiendo por partes. Ya tengo el secreto del éxito. Master Jervie y el editor, tenían razón: somos más convincentes cuando escribimos cosas conocidas. Esta vez el argumento me lo sé de memoria. ¿Adivina usted en qué consiste? ¡Se trata del Asilo de John Grier! Y está bien, papáito, estoy segura que lo está. Únicamente relato los pequeños detalles cotidianos. Soy realista. He abandonado el romanticismo, interinamente, pues volveré a él cuando mi brillante porvenir esté en su apogeo.

Este libro quedará concluido en breve y se publicará en seguida. ¡Ya verá usted, papáito! Cuando uno se aferra a una idea, acaba consiguiendo lo que se propone.

Llevo cuatro años haciendo esfuerzos para que me escriba usted una carta y no he perdido aún la esperanza de lograrlo.

Adiós, querido papáito.

(Me gusta llamarle querido papáito. ¡Es tan bonito!)

Afectuosamente suya,

JUDITH.

P. D. — Se me olvidó darle noticias de la granja. Son muy tristes. Si es usted excesivamente sensible, rasgue esta postdata.

El viejo *Grove* ha muerto. Era tan viejo que, por no poder masticar, tuvieron que matarlo.

La semana última una comadreja,

o un lobo, o un ratón mató nueve pollos.

Ha sido preciso ir a los Cuatro Caminos en busca del veterinario para una de las vacas, que está enferma. La última noche, Amasai no se acostó, pues temía que darle whisky y aceite de linaza. Por desgracia, sospechamos que la vaca sólo tomó el aceite de linaza.

El sentimental *Tonny* (el gato pardo) ha desaparecido; tememos que haya caído en una trampa.

¡Cuántas desgracias ocurren en el mundo!

17 de mayo.

Querido Papáito Piernas Largas:

Esta va a ser muy corta, porque la mano me duele al sólo ver la pluma. El día entero tomando notas y apuntes y, por la noche, la redacción de mi inmortal novela, me obligan a escribir con exceso.

Del viernes en tres semanas nos examinamos. Espero recibir su visita de usted y llegar por fin a conocerle. Si no viene, le odiaré. Julia ha invitado a Master Jervie, porque es de su familia; Sallie invita a Juan Mac Bride por lo mismo, ¿y yo a quién puedo invitar? Solamente a usted y a la señora Lippett, y no quiero invitar a esta última. Hágame, pues, el favor de venir.

A pesar de los calambres que me causa escribir, quedo siempre suya afectísima,

JUDITH.

«Los Naranjos»

19 de junio.

Señor Papáito Piernas Largas:

¡He terminado ya mi educación! Tengo el diploma en el fondo de uno de los cajones de la mesa de escritorio, junto con mis dos mejores trajes. En los exámenes hubo, como siempre, algunos pequeños nubarrones

nes en los momentos trascendentales. Gracias por sus capullos de rosa. Están preciosos. Tanto Master Jervie como Master Juan, me regalaron rosas también, pero las de ellos las dejé con los tallos sumergidos en el lavabo, mientras que las de usted las llevé en procesión triunfal por las clases.

Héteme en «Los Naranjos», por todo el verano, quizás para siempre. La estancia es económica, los alrededores tranquilos y a propósito para la vida de un literato. ¿Qué más puede desear quien lucha por ser autor? Estoy loca con mi libro. No doy un paso sin pensar en él y lo sueño todas las noches. Mi aspiración ahora es tener paz, tranquilidad y mucho tiempo para trabajar (amén de buenas y apetitosas comidas).

Master Jervie vendrá probablemente en agosto, por una semana, y Juan Mac Bride va a dejarse caer aquí cualquier día; éste se ha asociado con unos comerciantes de abonos y hace las veces de viajante, por lo que recorre la comarca ofreciendo abonos a los agricultores.

Ya ve usted que, en «Los Naranjos», no nos falta sociedad. Estoy esperando ver llegar un *auto* guiado por usted, aunque ya empiezo a perder las esperanzas. Desde que vi que no asistía a mi último examen, lo arrojé para siempre de mi corazón.

JUDITH ABBOTT.

24 de julio.

Querido Papáito Piernas Largas:

¡Qué delicia es trabajar! Especialmente, cuando la clase de trabajo que se hace es la que más le gusta a uno en el mundo. Todos los días del verano los pasaré escribiendo tan apurado como lo permita la pluma. Mi única queja contra la vida, es que los días no son bastante largos para permitirme escribir cuantas ideas bellas, valiosas y chistosas se me ocurren.

He terminado la segunda parte de

mi libro y mañana, a las siete y media, empezaré la tercera. Es el libro más delicado que ha leído usted en su vida y el más real. No pienso en otra cosa. Tengo que hacer un violento esfuerzo para no empezar a escribir antes de vestirme y desayunar. Luego escribo, escribo hasta que me siento excesivamente débil. Entonces salgo con *Colin* (el nuevo mastín), y corriendo en pleno campo, recojo ideas nuevas para el día siguiente. Es el libro más bonito que ha leído usted en su vida. ¡Ay, perdón! Ya lo dije antes.

No me cree usted vanidosa, ¿verdad, papáito?

En realidad no lo soy; pero en este momento atravieso una crisis de entusiasmo. Quizás no tarde en pasar y entonces me censuraré y me despreciaré. ¡Estoy segura de que no pasará! Esta vez he escrito un verdadero libro. Cuando lo lea va usted a decir lo mismo.

Voy a intentar hablarle de otro asunto. ¡No le dije nunca que Amasai y Carrie se casaron en el pasado mayo? Siguen trabajando aquí; pero por lo que veo, se han echado a perder. Ella solía reírse antes, cuando él venía lleno de barro o dejaba caer ceniza al suelo. Y ahora, ¡hay que oír sus peleas! Además, ya no se ríza el cabello. Amasai, que era tan servicial para limpiar las alfombras e ir por leña, refunfuña apenas se le pide una de las dos cosas. Sus combates son muy serios; en vez de llevarlas rojas o purpúreas como antigamente, las usa marrón o negras. He determinado no casarme nunca. Evidentemente el matrimonio es un proceso de deteriorización.

No hay más noticias extraordinarias de la granja. Los animales siguen todos disfrutando de buena salud. Los cochinos, más gordos que nunca. Las vacas parecen satisfechas y las gallinas lo mismo. ¿Le interesan a usted las aves de corral? Si es así, permítame que le recomiende una obrilla inapreciable: *200 huevos al año por gallina*. Pienso poner incubadoras en la primavera próxima. He decidido instalarme en «Los

ALBUM DE
FILM SELECTA

Filmoteca
de Catalunya



RODOLFO VALENTINO

ALBUM FILM SELECTA
de Catalunya



HELENA D'ALGY